

—En tal caso me retiro.

—Y yo con vuestro permiso me recuesto....

D<sup>a</sup> Laura se acostó en su lecho, D<sup>a</sup> Eujenia cerró los batientes de los balcones para disminuir la luz, y luego salió cerrando tras sí la puerta.

D<sup>a</sup> Laura permaneció un rato inmóvil, y cuando creyó que su amiga iba lejos, se levantó precipitadamente y cerró la puerta por dentro.

## XIII.

De como supo el príncipe D. Juan de Austria que lo mandaba prender la reina, y lo que hizo.



COSA de diez leguas de Toledo, sobre una fértil llanura, falda de una sierra, se levantaba la villa de Consuegra ó Consuvuera, como dicen los anticuarios que le llamaron sus fundadores.

Dos castillos estaban como en atalaya de la villa, ó como recuerdo de sus dominadores, el uno fabricado por los romanos y el otro por los árabes.

Consuegra tenia en la época á que nos vamos refiriendo, mil quinientos vecinos, era la residencia del gran prior de Castilla, y como tal la habia escogido el príncipe D. Juan para retirarse, cuando abandonó el ejército que partia para Flándes.

Desde allí seguia dirigiendo y animando á sus partidarios, y tenia allí una especie de pequeña corte.

Un hombre cubierto de polvo y que montaba un soberbio caballo, pero que apenas podia caminar por demasiada fatiga, penetró en la villa casi al cerrar la noche y se dirigió sin vacilar á la casa que habitaba el príncipe.

Dejó el caballo en la puerta, el cual de cansado no se movía, y sin sacudirse siquiera el hombre entró á la casa en el momento en que Patiño, el secretario del príncipe salía.

—Perdóneme vuestra merced—dijo el recién venido.

—Qué se ofrece?—contestó Patiño.

—No es extraño que vuestra merced no me conozca, que tal me ha puesto el camino, pero soy Carranza.

Aquel nombre debía ser muy familiar al secretario; porque inmediatamente cambió de aspecto, y se dirigió al recién venido con muestras de un vivo cariño.

—¡Carranza! en efecto no te había conocido, ¿qué traes por aquí?

—Señor, grandes novedades que debo comunicar á vuestra merced ahora mismo, pero que sea donde estemos solos.

—Sígueme—dijo Patiño, y volviendo á entrarse á la casa, condujo al hombre á un aposento que estaba enteramente solo.

—Dime—esclamó Patiño luego que cerró tras sí la puerta.

—Pues, señor, no se espante vuestra merced, pero al señor D. Bernardo le han preso.

—¿A mi hermano?—dijo poniéndose pálido el secretario.

—Sí, señor, y lo mas que hay, es que tan luego como se lo llevaron se presentó en la casa una dama y me dijo, “¿tú eres Carranza?” “sí,” le contesté. “Pues toma esta carta, monta el mejor caballo, y sin perder tiempo, hasta Consuegra, al príncipe.” Quise replicar, pero ella me dijo: “yo velaré por D. Bernardo, pero tu márchate, van á prender al príncipe.”

—¡Al príncipe!—esclamó con espanto Patiño.

—Eso me dijo, y aquí está la carta.

—¡Pero es posible!

—Puede serlo, y vea vuestra merced, que como á cosa de cuatro horas de camino, he dejado unos hombres, como ochenta, que Dios me lo perdone, pero vienen para acá, y les adivino mala intención.

—Entonces no hay que perder tiempo.

—A la media noche estarán aquí.

—Dame la carta.

El hombre que era una especie de soldado viejo, bajo de cuerpo, ancho de espaldas, con grandes bigotes canos, y largas cejas grises, sacó una esquila y la entregó á Patiño.

El sobre decía:

“Para S. A. el príncipe.”

—Espérame—dijo Patiño y salió precipitadamente.

—Bueno—gruñó Carranza—pero yo me duermo, Dios sabe lo que será de mi caballo.

Se acomodó bien en un sitio, y casi en el instante comenzó á roncar.

El príncipe se paseaba solo en su estancia, con los brazos cruzados y meditabundo, cuando oyó que alguien abría la puerta.

Volvió el rostro y vió á su secretario.

—Ah! eres tú, Patiño?—dijo con negligencia.

—Señor, traigo una noticia gravísima.

—¿Ha partido ya de Madrid el padre Nitardo?

—Oh! no, señor, vea V. A.

El príncipe tomó la carta que le presentaba Patiño; se acercó á la luz, rompió el sobre y leyó en voz alta:

—“Señor:

“En este momento, de órden de S. M. aprehenden á D.

Bernardo de Patiño, y sale con órdenes para aprehender á V. A., el marqués de Salinas, con sesenta jinetes.

—Sálvese V. A.

—Es inútil pensar en la resistencia porque el caso se ha previsto por el padre Nitardo, y están tomadas las providencias.

B. LL. MM. de V. A.

LAURA.”

Cuando el príncipe acabó de leer, alzó el rostro y se quedó mirando á Patiño.

—Y bien, ¿qué dices?—le preguntó.

—Señor, que debe ponerse en salvo V. A.

—Creo que ese paso no se atreverán á darlo, y que esa dama se ha espantado mas de lo que debiera: no vendrán.

—Señor, vendrán se lo aseguro á V. A., están ya resueltos á todo.

—No lo creo; seria un escándalo.

—El hombre que ha traído esta carta es Carranza, el mas antiguo y mas leal de los servidores de nuestra casa.

—¿Y él que dice?

—Que mi hermano ha sido preso, y que en camino y muy cerca viene ya una partida de hombres á caballo que calcula que son los encargados de ejecutar las órdenes.

—Meditemos un poco—dijo el príncipe dejando sobre la mesa la carta que acababa de recibir, y volviendo á pasearse de arriba á abajo en el aposento.

Dió dos vueltas y se detuvo repentinamente, diciendo á Patiño.

—¿Todos nuestros papeles?

—Depositados están en parte segura.

—Entonces manda que ensillen inmediatamente nues-

tros caballos, que alisten diez hombres, y saldremos por la puerta falsa, pero todo con el mas profundo silencio.

—Voy al momento.

D. Juan de Austria se entró por un lado y Patiño salió por el otro.

Un cuarto de hora despues, el príncipe volvió á salir; se habia puesto una lijera cota, y se habia ceñido á la cintura su espada y su daga; llevaba una larga capa y un ancho sombrero que colocó sobre la mesa.

Pero al colocar allí el sombrero, el aire ajitado hizo volar la carta de D<sup>a</sup> Laura que se habia quedado allí y que fué á parar debajo de uno de los sitiales.

Poco despues entró Patiño, tambien en traje de camino, y dijo al príncipe.

—Todo está listo.

—Vamos—contestó D. Juan tomando su sombrero.

Y los dos por una escalerilla secreta bajaron hasta las caballerizas.

Diez hombres estaban allí inmóviles sobre sus caballos y perfectamente armados, y dos palafreneros tenian de la brida dos arrogantes corceles.

Al presentarse D. Juan le acercaron uno de aquellos caballos, un palafrenero le tubo el estrivo, y el príncipe montó.

Patiño hizo lo mismo.

Se abrió delante de ellos una puerta, y poco despues seguidos de los diez soldados y de cuatro escuderos, caminaron fuera de la villa.

—¿Adónde quiere V. A. dirigirse?—preguntó Patiño.

—A Barcelona—contestó el príncipe.

Entretanto Carranza seguia roncando muy á su sabor.

.....

Serian las doce de la noche, cuando se oyó en las silenciosas calles de Consuegra un gran tropel de hombres á caballo que se dirijian á la casa del príncipe.

El que hacia de jefe llamó.

—Quién va? preguntaron de adentro.

—Abrid, en nombre de S. M.

Los que llegaban temian que hubiera resistencia porque todos tenian las armas listas, pero contra lo que esperaban, las puertas se abrieron y aquellos hombres entraron rejistrando por todas partes.

Al amanecer volvia aquella tropa á ponerse en marcha sin haber encontrado mas que dos cosas notables en la casa.

A Carranza durmiendo en un sitio.

La carta de D<sup>a</sup> Laura debajo de otro sitio.

A Carranza lo dejaron libre, porque nadie le conoció.

La carta fué llevada á la corte, como la disculpa del mal éxito de aquella empresa.

## XIV.

En donde se prueba que no sin razon dijeron los antiguos *con bien vengas mal si vienes solo.*

ASI en el mismo momento en el que marqués de Salinas volvia á dar cuenta de su desgraciada comision, llegaba á poder de D<sup>a</sup> María Ana de Austria una carta del príncipe D. Juan, fechada aún en Consuegra, y que sin duda dejó escrita antes de su partida con encargo de remitirse á la corte.

D. Juan de Austria decia á la reina, que él habria partido para Flandes á no haber acaecido la muerte de D. José de Mallades, que la suplicaba que apartase de España al padre Nitardo, y que él estaba resuelto á no descansar hasta conseguirlo.

La reina al ver esta carta se indignó sobre manera, y dió rienda suelta á su cólera.

—Sebeis padre—dijo á su confesor—que es un verdadero cartel de desafio.

—Tal me parece, y he meditado por el bien de la monarquía y por la tranquilidad del ánimo de V. M. que debiera tomarse ya una medida estrema.